

## NARRATIVAS GALLO NERO

# Muchos matrimonios

SHERWOOD ANDERSON

TRADUCCIÓN DE  
LAURA SALAS RODRÍGUEZ



[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

Título de la edición original: *MANY MARRIAGES*

Primera edición: febrero 2012

© de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S.L.

[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

© de la traducción: Laura Salas Rodríguez

Diseño de colección: Raúl Fernández

ISBN: 978-84-938568-9-2

Impreso en España por Imprenta Fareso, S.A.

Depósito legal: M-2352-2012

# Índice

Sherwood Anderson: el problema del matrimonio. Una reseña de F. Scott Fitzgerald	9
Nota del autor	13
Muchos matrimonios	15
Prefacio	17
Libro uno	19
Libro dos	61
Libro tres	87
Libro cuatro	183

SHERWOOD ANDERSON: EL PROBLEMA DEL MATRIMONIO  
UNA RESEÑA DE F. SCOTT FITZGERALD

En el último siglo la fama de algunos escritores ha tardado en consolidarse. No hablo de Tennyson o Dickens, que a pesar de su blando radicalismo siempre se posicionaron del lado del pensamiento común. Tampoco me refiero a Wilde o De Musset, que se convirtieron casi en leyendas gracias a sus escándalos personales.

Me refiero al éxito de escritores de la talla de Hardy, Butler, Flaubert y Conrad, que han remontado la corriente y están destinados a tener una influencia casi intolerable en las generaciones venideras.

Considerados esotéricos por un círculo restringido de claqueos, acaban convirtiéndose en una oscura y vibrante moda. Sus contemporáneos, al acercarse a su obra, se quedaron perplejos y desconcertados. Luego por fin llega algún crítico que se da cuenta de que estos son noticia y lo grita a los cuatro vientos como si fuera un gran descubrimiento, argumentado con profundas intuiciones personales. Así este autor viejo y machacado, con una decena de imitadores entre los más jóvenes, logra por fin su reconocimiento.

Hoy el mundo de la cultura está más unido: en los últimos cinco años hemos visto consolidarse el éxito de dos hombres de primera fila, James Joyce y Sherwood Anderson.

*Muchos matrimonios* me parece la obra más representativa de la personalidad de Anderson. Después de haberla leído podríais

pensar que Anderson es un neurótico o que los neuróticos sois vosotros y él simplemente un hombre liberado de todas sus inhibiciones. El noble ingenuo que ha caracterizado las tragedias de Don Quijote o Lord Jim no existe en *Muchos matrimonios*. Si hay un rastro de nobleza en el libro de Anderson, es una nobleza que él creó como Rousseau creó su hombre en relación con la naturaleza. En algunas mentes particularmente sensibles, el genio concibe una energía tan transcendental que logra reemplazar el universo existente. El nuevo universo se acerca enseguida a la esencia de la realidad como el anterior.

Leo cada día en los periódicos que, sin previo aviso, algún hombre de negocios seguro y sosegado huye con su estenógrafa. Este es el acontecimiento central de *Muchos matrimonios*. Pero en el resplandor de un inagotable y maravilloso éxtasis, lo que se conoce como un vulgar *affaire* se transforma en una transición de profunda y mística importancia.

El libro es la historia de dos momentos y de dos matrimonios. Entre la medianoche y el amanecer un hombre desnudo camina arriba y abajo delante de la estatua de una virgen y habla a su hija de su primer matrimonio, una unión espiritual y física que se disuelve en el momento de su máxima coronación.

Cuando el hombre termina de hablar se va, lanzándose hacia su segundo matrimonio, mientras a la mujer del primero se le escapa la vida.

*Muchos matrimonios* no es inmoral: es violentamente antisocial. No justifica la postura del protagonista, pero da un giro sorprendente y curioso sobre la relación entre hombre y mujer. Es la reacción de un hombre sensible y altamente civilizado al fenómeno de la lujuria, aunque se diferencia de Dreiser, Joyce

y Wells, por ejemplo, cuyas obras ignoran tanto el concepto de realidad como un todo como la necesidad de desafiar y rene-  
gar de tal concepto. El héroe de *Muchos matrimonios*, debido a  
su fábricas de lavadoras, se acerca más que otros personajes a la  
existencia de un vacío absoluto.

No me gusta el hombre del libro. El mundo en el que creo,  
sobre el que apoyo mis pies, me parece existir solo a través de  
una serie de ilusiones; ilusiones que necesitan de un análisis mi-  
nucioso una decena de veces por siglo, y que a veces lo obtienen.

El hombre cuya habilidad para resumir sea suficientemente  
grande como para reseñar este libro en un millar de palabras no  
existe. Si lo logra es que está escribiendo los subtítulos para la  
película o trabaja en una agencia de publicidad.

*NEW YORK HERALD*, 4 DE MARZO DE 1923

## NOTA DEL AUTOR

Antes de empezar a escribirlo, llevé este libro dentro de mí durante varios años. Ya había decidido el título antes de coger la pluma. Hay muchos matrimonios en el centro de esta novela. ¿Puede un solo matrimonio atarme para toda la vida? ¿Estoy condenado a no escribir más de un libro, a no amar a más de un amigo o a más de una mujer? Hay a mi alrededor muchos hombres y mujeres que me pertenecen y a los que pertenezco.

Escribí *Muchos matrimonios* durante un invierno pasado en la ciudad de Nueva Orleans. Fui allí respondiendo a una llamada de mi corazón. Fue un invierno feliz. Aunque desde mi juventud viví en el Norte, siempre estuvo presente en mí una voz que me llamaba hacia el Sur. Quizás esta llamada persistente venía de la sangre de mi abuela italiana que nació en el Sur y era una campesina fuerte, morena y con las caderas anchas.

Vivía en el Norte, en Chicago, y como a muchos otros millones de jóvenes americanos, la enorme oleada de industrialización me arrancó del medio rural. Deseaba retornar a los campos y a la tierra. Quería que la tierra volviese al centro de mi obra. A esa necesidad responde *Muchos matrimonios*.

En Nueva Orleans tenía realmente poco dinero, y tuve que vivir en un barrio pobre de la ciudad, cerca del río. A mi alrededor rebosaba la vida de los negros. Alquilé una habitación en la casa de un obrero italiano. Las voces de los negros que oía subir desde la calle y también los fuertes acentos de los italianos y de

las italianas que frecuentaban la casa, se mezclaban y se confundían, me fascinaban.

Empecé a escribir. En cuanto la historia comenzó a desarrollarse me pareció dictada por la fantasía. Es curioso, por tanto, que muchos críticos hayan clasificado como realista esta novela.

Se trataba del contraste entre alma y cuerpo. Si queréis comunicar al lector la aspereza de este conflicto, es necesario ante todo vivirlo. Quería intentar describir los problemas que derivan de la tentación, ubicándolos en un ambiente de vocación puritana, protestante y con un alto desarrollo industrial. Mi protagonista, un hombre perturbado por la dicotomía entre espíritu y carne, vive en una ciudad industrial del Norte.

El relato se desarrolló con agilidad, quizás porque respondía a una inspiración muy arraigada en mí. No recuerdo haber escrito nunca con la misma espontaneidad y felicidad.

En Estados Unidos la novela ha sido duramente criticada; pero yo sigo pensando que aquel invierno escribí una historia bella y sincera.

SHERWOOD ANDERSON

Muchos matrimonios

## PREFACIO

Si uno busca el amor y se dirige a él directamente, o tan directamente como puede, en medio de las complejidades de la vida moderna, quizás es que uno esté loco.

¿No has conocido un momento en el que hacer lo que parecería en otros momentos y bajo unas circunstancias algo diferentes el más trivial de los actos se convierte de repente en una empresa gigantesca?

Estás en el zaguán de una casa. Ante ti hay una puerta cerrada y, al otro lado de la puerta, sentado en una silla al lado de la ventana, hay un hombre o una mujer.

Es el atardecer de un día de verano y tu propósito es dar un paso hacia la puerta, abrirla, y decir:

—No tengo intención de seguir viviendo en esta casa. Mi equipaje está hecho y, en una hora, un hombre con quien ya lo he acordado vendrá a buscarlo. Sólo he venido a decirte que ya no podré seguir viviendo a tu lado.

Ahí estás, ya ves, de pie en el zaguán, a punto de entrar en la habitación y pronunciar esas pocas palabras. La casa está en silencio y te quedas de pie largo rato en el vestíbulo, asustado, vacilante, silencioso. De modo impreciso te das cuenta de que cuando bajaste al zaguán desde la planta superior lo hiciste de puntillas.

Para ti y la persona del otro lado de la puerta es acaso mejor que no continúes viviendo en la casa. En eso estarías de

acuerdo si fueras mínimamente capaz de hablar de modo razonable sobre el asunto. ¿Por qué eres incapaz de hablar de modo razonable?

¿Por qué te resulta tan difícil dar esos tres pasos hacia la puerta? No tienes enfermedad alguna en las piernas. ¿Por qué sientes los pies tan pesados?

Eres joven. ¿Por qué te tiemblan las manos como si fueran las de un anciano?

Siempre has pensado que eras un hombre valiente. ¿Por qué de pronto te faltan arrestos?

¿Es divertido o trágico saber que no serás capaz de llegar hasta la puerta, abrirla, entrar y decir esas pocas palabras sin que te tiemble la voz?

¿Estás loco o cuerdo? ¿Por qué esta espiral de pensamientos en tu cabeza, una espiral de pensamientos que, mientras estás ahí de pie, vacilante, parece absorberte hacia lo más profundo de un pozo sin fondo?

# LIBRO UNO

Un hombre llamado Webster vivía en una ciudad de veinticinco mil habitantes en el estado de Wisconsin. Tenía una esposa llamada Mary y una hija llamada Jane, y él mismo era un próspero fabricante de lavadoras. Cuando el asunto sobre el que voy a escribir ocurrió, él rondaba los treinta y siete o los treinta y ocho, y su única hija tenía diecisiete. No será necesario hablar de los detalles de su vida previos al punto en el que una cierta revolución se desató en su interior. No obstante, era un hombre más bien tranquilo, inclinado a tener ensoñaciones que intentaba ahuyentar de su interior con objeto de funcionar como fabricante de lavadoras; y, sin duda, en momentos inesperados, cuando estaba en el tren, con destino a algún lugar, o quizás los domingos por la tarde, en verano, cuando iba solo a la oficina desierta de la fábrica y permanecía sentado varias horas mirando por la ventana a lo largo de los raíles del tren, daba rienda suelta a sus sueños.

Sin embargo, durante muchos años siguió en silencio su camino y trabajó como cualquier otro pequeño fabricante. De vez en cuando tenía un año de bonanza en el que el dinero parecía entrar a espuestas y luego había años malos, en los que los bancos locales amenazaban con cerrarle la empresa, pero como fabricante se las arreglaba para sobrevivir.

Pues así era este Webster, que se aproximaba a su cuadragésimo año de vida, y cuya hija acababa de terminar el instituto

local. Se acercaba el otoño; parecía ir tirando, llevando la vida de siempre, y de repente le ocurrió aquello.

Desde las profundidades de su cuerpo algo comenzó a afectarle, como una enfermedad. Es algo complicado describir el sentimiento que tenía. Es como si algo estuviera naciendo. Si hubiera sido una mujer podría haber sospechado que se había quedado embarazado de repente. Estaba sentado en su oficina, en el trabajo, o paseando por las calles de su ciudad, y le asaltaba la extrañísima sensación de no ser él mismo, sino algo nuevo y bastante insólito. A veces el sentimiento de no ser él mismo se hacía tan fuerte en él que se detenía bruscamente por la calle para mirar y escuchar. Estaba, pongamos, de pie ante un comercio, en una bocacalle. Un poco más allá había un solar en el que crecía un árbol y bajo el árbol había un viejo caballo de faena.

Si el caballo hubiera descendido hasta la valla para hablar con él, si el árbol hubiera levantado una de sus pesadas ramas inferiores y le hubiera tirado un beso o si el letrero que colgaba sobre la tienda se hubiera puesto a gritar de súbito «John Webster, prepárate para el Santo advenimiento», su vida en aquel momento no le habría parecido más extraña. Nada de lo que pudiera ocurrir en el mundo exterior, en aquel mundo de hechos concretos como las aceras bajo sus pies, la ropa sobre su cuerpo, los motores que arrastraban trenes por los raíles de al lado de su fábrica, y los tranvías que rugían por las calles en las que estaba, nada de todo aquello hubiera constituido algo más asombroso que lo que estaba ocurriendo en su interior.

Allí estaba, un hombre de estatura mediana, con pelo negro apenas grisáceo, hombros anchos, manos grandes, un rostro lleno, algo triste y tal vez sensual, y muy dado al hábito de fumar cigarrillos. En el momento del que hablo le resultaba muy difícil

permanecer inmóvil en un lugar y hacer su trabajo, así que se movía continuamente. Se levantó con rapidez de la silla del despacho de su fábrica y se dirigió hacia el taller. Para hacerlo tenía que atravesar una ancha oficina exterior donde había un contable, un escritorio para el superintendente de la fábrica y escritorios para otras tres chicas que también ejercían algún tipo de trabajo de oficina, mandaban folletos de lavadoras a posibles compradores y se ocupaban de otros detalles.

En su misma oficina había una mujer de veinticuatro años y rostro ancho que era su secretaria. Tenía un cuerpo fuerte y bien dibujado, pero no era muy guapa. La naturaleza le había otorgado un rostro ancho y plano y labios gruesos, pero tenía la piel muy clara y unos ojos muy claros y bonitos.

Mil veces, desde que se había convertido en fabricante, John Webster había salido, de este modo, de su propia oficina a la oficina general y había atravesado una puerta y un pasillo en dirección a la fábrica en sí, pero no tal y como andaba ahora.

Bueno, de repente había empezado a caminar en un nuevo mundo, ese era un hecho que no podía negarse. Se le ocurrió una idea. «Quizás, por alguna razón, me estoy volviendo un poco loco», pensó. Aquel pensamiento no lo alarmó. Era casi agradable. «Me gusto más tal como soy ahora», concluyó.

Estaba a punto de dejar atrás su pequeña oficina interior para salir a la exterior y después a la fábrica, pero se detuvo en la puerta. La mujer que trabajaba en el despacho con él se llamaba Natalie Swartz. Era la hija de un alemán que regentaba un bar en la ciudad, se había casado con una irlandesa y después había muerto sin dejar ni un cuarto. Recordó lo que había oído de ella y de su vida. Eran dos hijas; la madre tenía mal carácter e inclinación por la bebida. La hija mayor se había hecho maestra en

la escuela local; Natalie había aprendido taquigrafía y había ido a trabajar a la oficina de la fábrica. Vivían en una pequeña casa de madera a las afueras de la ciudad y en ocasiones la madre se emborrachaba y maltrataba a las dos muchachas. Eran buenas chicas y trabajaban duro, pero cuando estaba ebria, la madre las acusaba de todo tipo de inmoralidades. Todos los vecinos sentían compasión por ellas.

John Webster se detuvo en la puerta con la mano en el picaporte. Miraba con insistencia a Natalie, pero no se sintió en absoluto violento ni, por extraño que parezca, ella tampoco. Estaba arreglando unos papeles, pero dejó de trabajar y clavó la vista en él. Era una sensación extraña ser capaz de mirar de ese modo, directamente a los ojos de otra persona. Es como si Natalie fuera una casa y él estuviera mirando por una ventana. Natalie vivía en la casa que era su cuerpo. Qué callada, fuerte y cálida era, y qué extraño era haber podido sentarse a su lado cada día durante dos o tres años sin haber pensado nunca en mirar su casa. «Cuántas casas hay cuyo interior no he mirado», pensó.

Una extraña y rápida concatenación de pensamientos afloró de su interior mientras estaba así, de pie, mirando a Natalie a los ojos con aplomo. Qué limpia había mantenido su casa. La vieja madre irlandesa, en su embriaguez, bien podía gritar y berrear que su hija era una fulana, como hacía a veces, pero las palabras no penetraban en la casa de Natalie. Las pequeñas reflexiones interiores de John se convirtieron en palabras que no expresó en voz alta, sino en palabras que corrían dando suaves gritos en su interior. «Es mi amada», dijo una de las voces. «Entrarás en la casa de Natalie», dijo otra. Un ligero rubor inundó las mejillas de Natalie y sonrió.